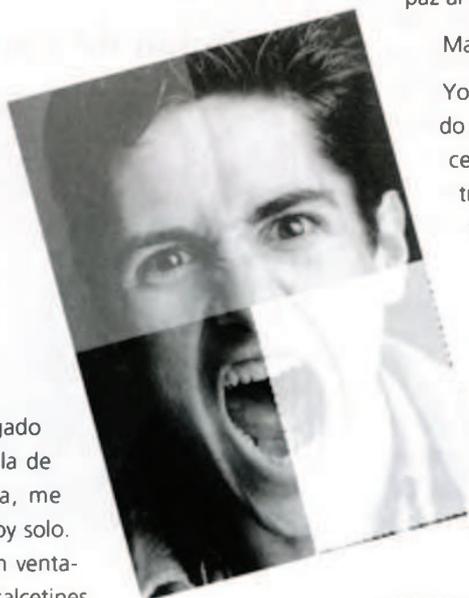


# CRISTALES

## O t O S ■

Ricardo Salaberria Olaizola



Un cenicero de cristal, pringado de nicotina revenida, apesta la sala de espera. Sentado en una butaca, me rasco con fruición las piernas. Estoy solo. A mi espalda, a través de un gran ventanal, se ve un pinar oscuro. ¡Los calcetines tienen las gomas elásticas muy tensas! ¿Cuándo acertaré con un par de calcetines cómodos y que no se amorcillen en los tobillos o me muerdan el peroné? ¿Quizás si fuesen de lino? No sé... Tengo compañía...

– ¿Puedo hablar contigo un momento?

– ¡Cómo no! Pasa, por favor...

– Una joven veinteañera, vestida con chandal y unos horrendos calcetines rosados, entra en la sala de espera. Apenas me mira. Se sienta, fija la mirada en el ventanal, y comienza a hablar:

– Me gustaría que habláramos sobre la vida amorosa de los drogadictos...

– ¿?

– Ellos no comen nada. Por eso les he dicho a mi madre y a mi prima Charo que traigan unos bocadillos de tortilla, porque ellos van al comedor y no comen, no comen.

– Ya...

– Y se drogan con *Vicks Vaporub*. Mira, aquí llevo un tubo –me enseña un tubito de *Vicks* nasal mentolado–; y se drogan con todo, con esto también.

– Vaya...

– Me gustaría que habláramos sobre la vida amorosa de Evita Perón...

– Pues, la verdad...

(¡Mari Sol! –chilla una voz hiriente en el pasillo– ¡Déjale en paz al señor! ¡Sal de ahí!)

Mari Sol se levanta y sale, sin rechistar...

Yo quisiera entender algo. Sigo sentado. Ella no me ha mirado una sola vez durante su monólogo. Me acomodo los calcetines por enésima vez. Esta chica... ¿Y si ella quisiera transmitirme una idea valiosa? Yo debería ser más receptivo, más atento...

– ¿Se puede? ¿Podría dialogar contigo?

La misma chica, con idénticos gestos de sumisión y sencillez. Se sienta en la misma butaca, sin modificar la postura anterior. Y...

– ...porque mi hermana es una masoquista, que se mete los tampax por el culo.

– ¿Cuántos hermanos tienes?

– ...no sé, no sé. ¡Bah!..., y otra vez me salió sangre y sangre y se me mancharon las bragas y las medias. Y mi hermana Rosi está casada con un negro y tienen dos niños, Aitor y Estibaliz.

– ¿Son negros?

– ...no sé. Y mi hermana Mila está casada con un chino. Y se pegan, se pegan mucho. Y una vez yo me iba a tirar por el rompeolas. Y mis padres están en Santander y mis hermanas en Salvatierra. Y no los veo.

– ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Mari Sol?

– ...no sé. Unos tres meses...

– ¿Te encuentras mejor?

– Estoy bien. Y si quieres te puedo regalar las corbatas de Hitler y las camisas de Hitler.

– Pues...

(¡Mari Sol! ¡Sal de ahí! –, grita la voz imperativa).

– Ya voy.

– Mari Sol, un momento. ¿Cuánto tiempo piensas que vas a estar aquí recluida?

– *Eternamente*.

Y marcha, obediente, al comedor.

En ese momento, entra en la salita un psiquiatra del hospital y, sonriente, indaga:

– ¿Estabas hablando con Mari Sol?

– Sí. Pero no le he entendido apenas nada. ¡Ha mezclado tantas cosas dispares y disparatadas! ¿Qué problema tiene?

– Sufre una importante desestructuración. Una forma paranoide... Su esquizofrenia está muy desarrollada. En fin, un mal pronóstico.

– Pobre chavala... La he visto tan modosita y con un hablar tan claro, que se hace querer.

– Pues, atiende, te vamos a nombrar oyente de los enfermos. Tú les escuchas y luego nos sintetizas sus delirantes historias. ¿Te parece? Así nos evitas un gran trabajo.

Me he quedado sin fuerzas para responder. ¡Al decírmelo con tal convicción! Para eso, los psiquiatras, ya se sabe.

(He salido de las listas de parados del INEM. Estoy empleado como: oidor de historietas de mis queridos tronados. Oidor-sintetizador.)

\* \* \*

(Cántese con la música del pasodoble preferido)

*Luna llena, gorda.*

*¡Fertilidad!*

*Las bañeras de Finisterre, con niebla.*

*¡Admiraciones! ¿Para qué?*

*Pregunta insulsa, con orégano.*

*Dos pequeñas plantas tomateras*

*han fructificado en veinticuatro tomatitos.*

*Enrojecidos de tanto mirarlos. ¡No tocarlos!*

*Tomates. Me como uno. ¡Bah! Harinoso.*

*A tomate regalado...*

*Hace quinientos años desconocidos.*

*Afán de multilateralización;*

*ministro palabron.*

*Planta exótica de allende, jé.*

*Pototas, pototas rojas de aquende, ja.*

*Mejor dormir, mejor callar.*

*Mañana pensaremos...*

*Pliegue, repliegue, nudo.*

Se me ocurrió leer ante mi familia, en una sobremesa, estas líneas deslavazadas. Mis hermanos me hicieron gestos de que me faltara algún tornillo en la sien. Mi madre se asustó.

– Mañana te llevo al médico. Tú no estás bien.

– Ama, por favor, un pequeño delirio tomatero... Un juego insulso de palabras.

– Quita, quita, ¡al médico!

El médico me ha comentado que tengo el hígado jodido. Así; ...como tiene confianza con mi madre.

Que no beba, que no fume, que me cuide de por vida.

Tengo la moral por los suelos. Soy un enfermo ambulante. Han hecho de mí un hipocondríaco. Una pena.

\* \* \*

A estas alturas más de uno recelará: "¿A que no escribe nada sobre la Fábrica de Lino?"

Me duele la cabeza. Estoy en mi habitación, a oscuras. Es posible que tenga una tubaritis; o una cervical chafada. Nunca se sabe. Me cuesta recordar. Licencia.

Sin embargo...

Conservo más de treinta Diplomas de Honor:

*Otorgado a x.x.x por su buena conducta*

*y aplicación durante el mes de – del año –*

*Firmado: El Director H. Hilario– por la ciencia a Dios–*

del Colegio del Sagrado Corazón..., que estuvo ubicado en unas dependencias vacías de la Fábrica de Lino. ¡Mira el tonto!

Al ir hacia esa escuela, con siete años, toqueteaba con la mano casi todas las paredes del recorrido. Al llegar a la Fábrica de Lino saltaba, como tantos colegiales, para lograr tocar con las yemas de los dedos unos extraños botones metálicos, que emergían en las paredes entre los grandes ventanales.

En los cinco años que pasé en dicho colegio prosperé y llegué a tocar botones cada vez más altos. A los superiores nunca alcancé.

En algunos brincos vislumbré a través de los sucios ventanales las cabezas de algunas mujeres que se afanaban entre extrañas máquinas. Vistas y no vistas, en el segundo que permanecía en el aire.

(Rentería, importante Villa fabril, con numerosos talleres y fábricas de manufacturados establecidos en su perímetro.)

¡Y yo qué sabía de esas cosas! Estaba orgulloso, sin más, porque pensaba que había crecido notablemente: en cinco años, desde los botones más bajos hasta entrever las cabezas a las obreras –a mucha honra–. Creía ser bastante chicarrón. ¡Illuso!

Yo apenas crecí. A la vista está.

Eran los camineros de la Diputación los que, engrosando el piso de la N-1 con capas y capas de brea –galipote–, elevaron el suelo y las aceras. Ahora me toca sufrir el "trauma de la Fábrica de Lino": pequeño y cabreado.

Aunque mi empeño está en superar estas calamidades: oidor de tronados, hígado, cervicales, estatura...

Tiendo a la lírica y canto con Manrique:

Rabia terrible me aqueja,  
rabia mortal me destruye,  
rabia que jamás me deja,  
rabia que nunca concluye...

Me aguantaré. No quiero ser un cascarrabias. Por ello:

Unas flores para las mujeres apenas entrevistas por los ventanales de la Fábrica de Lino y una medalla, un cenicero y unos calcetines, de lino, por supuesto, para aquellos camineros.